

¿Y DESPUÉS?

Aquel día se sintió cansado del malsano tic tac de los corazones, así que enjauló su alma y la guardó en el desván. Cogió el breviario al que llamaba vida y se lo guardó en el bolsillo. Su médico le había dicho que no soñara demasiado, que no era bueno para su salud, pero él nunca le hizo demasiado caso; al fin y al cabo, ¿qué saben los médicos sobre los corazones de los hombres?

Esa mañana la calle estaba poblada por seres que se hacían llamar humanos, seres que respiraban alquitrán y expelían carbón. Caminaban de manera abigarrada en ademán presuroso para cumplir con todo aquello que les había sido dispuesto por seres a los que su existencia no les importaba en absoluto. La multitud hedía a convicción, a esa convicción que solo otorga la estupidez o la sinrazón.

Sorteó como pudo a la turba y se refugió en el pequeño café donde se escondía todas las mañanas de los primeros rayos de sol. Buscó un sitio cerca de una de las ventanas y taza en mano se sumergió en sus pensamientos. Minutos después, no sabía cuántos exactamente, reparó en que su taza estaba vacía; en ese momento se levantó, dejó unas monedas sobre la barra y haciéndole una señal al camarero con la mano salió por la puerta con premura.

Debía atravesar la ciudad así que se puso en marcha con diligencia. A esa hora las calles se habían serenado y respirar resultaba mucho más fácil. El acero y el hormigón habían hecho las veces de especie invasora que desplaza por aniquilamiento; las plantas habían quedado para los museos. Caminó por el asfalto y se sintió cansado así que decidió buscar apoyo para recobrar el aliento. Cuando el sofoco de urbanidad dejó de aprisionarle el pecho levantó los ojos y vio un edificio blanco, blanco enfermería, blanco desinfección, blanco amargura. En aquel lugar se habían ido recluyendo con minuciosa escrupulosidad los enfermos de tristeza para evitar contagios de melancolía y de desesperación. Dentro lloraban hacinados vigilados por la atenta mirada de unos guardianes que los protegían de ellos mismos y de unos médicos incompetentes que buscaban la felicidad en tubos de pastillas.

Decidió salir de allí de inmediato y el aturdimiento hizo que perdiera la atención en sus pasos. Fijaba su mirada en la sombra de los transeúntes que se cruzaban en su camino para evitar que lo convirtieran en piedra. Caminó así largo tiempo hasta que una sombra enorme tapó el resto de las sombras: había llegado al mercado.

El mercado era un lugar un tanto peculiar: en él aprendías cuántas cosas necesitas para vivir como se supone que hay que vivir y para ser quien desde que pasaste por la puerta te dijeron que quisiste ser. No le apetecía ser acosado por artimañas travestidas de necesidad ni por panaceas cosificadas así que rodeó la manzana y volvió a sumergirse en sus pensamientos.

El barrio antiguo desprendía un olor a melancolía y a senectud. Los abatidos muros de aquellas casas tenían la vista cansada y el adoquinado de sus calles había soportado demasiados pasos. El trazado de las callejuelas serpenteaba irracionalmente creando juegos de sombras propicios para amantes y sicarios. En el centro de aquel caos arquitectónico, como intentando redimir sus delirios, se alzaba la imponente catedral.

La catedral era un edificio majestuoso y era un edificio triste, pero no padecía de esa tristeza que da la vejez, ni esa tristeza que acarrear las decepciones. Tampoco adolecía de la tristeza de la desilusión; la tristeza que padecía es esa con la que marca la soledad. Los edificios no deberían construirse para custodiar dioses, pensó. De todos modos la belleza del

edificio, una belleza construida para llamar a las puertas de la eternidad, conmovía. Desde lo alto ángeles, santos y demonios lo miraban con desprecio, con el desprecio propio de quien lleva siglos mirando a los insignificantes hombres llorar por su condición de mortales, de quien lleva siglos mirando como se viste de redención la mezquindad y como se trafica con espíritus. De súbito un grupo de hombres con hábitos de luto y mirada de esperanza cruzaron delante de él. Uno de ellos, un joven de barba rala, se le quedó mirando y le preguntó: Hermano, ¿nos acompaña? Él, tras pensar unos segundos respondió: He metido mi alma en una jaula vieja y la he subido al desván, no tiene sentido. Y diciendo esto y ante la perplejidad del fraile continuó su camino.

Casi sin percatarse sus pies abandonaron el adoquinado para volver al alquitrán y el hormigón. El aire se tornó pesado y perdió la serenidad senil del barrio antiguo. Más adelante se dibujaban sobre las aceras unas figuras seniles sobre bastón, unas figuras que en la ausencia de los niños habían colonizado los parques y los bancos, quizás intentando recordar un tiempo en el que sus corazones no gemían como engranajes desengrasados, en el que respirar no procuraba un sonido quebradizo, en el que sus huesos no se habían descalcificado y sus manos no tenían los tatuajes de la artrosis, o quizás, sencillamente quizás, en esa segunda inocencia, creían que podrían confundir a la muerte volviendo a sentarse en los columpios.

Siempre había pensado que la vejez es una experiencia frustrante: deseas hacer todas aquellas cosas que consideraste importantes (curiosamente las cosas importantes nunca se hacen) y eres consciente de que no tienes demasiado tiempo, pero aun así tu cuerpo se obceca en actuar con una lentitud parsimoniosa.

Caminó un trecho entre aquellos imitadores de niños, presos de la nostalgia de un tiempo pasado. El problema no es la senectud, el problema es que la vida se les acababa y querían más. Querían más sin saber por qué, sin saber cómo ni cuándo, sin preguntarse para qué. No, nada de esto importa, solo importa el "más".

Uno de los viejos le llamó la atención: estaba solo en un banco, apartado del resto, mirando al horizonte. Su cuerpo se plegaba sobre sí y sus manos, gastadas y rotas, acariciaban el aire. Tenía el pelo despeinado bajo una gorra blanca de marinero y su cara estaba desgastada por el viento y el sol. Entre sus barbas despeinadas se dibujaba una boca que sostenía una pipa de maíz que escupía nubes de borrasca. En sus ojos podían verse aun los reflejos del mar, de un mar ya olvidado y lejano que derramaba su salitre en unas lágrimas que ibas a varar a una playa de arrugas. Y aquellos ojos en los que se habían reflejado barcos de faena, veleros, gaviotas, olas, temporales, atardeceres, albatros, albas, puertos y naufragios ahora reflejaban la silueta de un hospital.

El hospital se levantaba a las afueras de la ciudad y su única función era la de reparar hombres. Dentro de él trabajaban unos hombres que habían cambiado el hábito por la bata y las almas por los cuerpos. La medicina había logrado cosificar los espíritus y convertir a los hombres en máquinas que cuando se averían precisan un ajuste. Y era ciertamente horrible.

Siempre le habían horrorizado aquellos lugares así que corrió para dejar atrás la sombra del edificio. Por fin había llegado, por fin había escapado de la ciudad.

Bajo sus pies el hormigón se había replegado y ahora podía pisar hierba y tierra. El sol comenzaba a caer desde su cúspide y su luz se filtraba por unas nubes cuajadas de lluvia que teñían la luz de amarillo.

Y la luz dibujaba los árboles del horizonte y se reflejaba en los recientes charcos de la lluvia y jugaba con las hojas de los árboles y daba color al mundo y se lanzaba desde el cielo hacia la tierra en una danza maravillosa y el viento giraba y jugaba con los pájaros y los pájaros cantaban y hacían del mundo un lugar vivible y el aire se podía respirar y los hombres podían ser hombres y la tristeza dejaba de perseguir a las almas y las minúsculas gotas de agua que sostenían las hojas y las ramas miraban con brillo la perfecta danza que hace que la vida merezca la pena.

Se sintió abrumado y tuvo que sentarse. Sintió bajo de sí la tierra preñada de agua y sobre sí las bóvedas de los cielos. Y dentro de sí había paz.

Entonces sintió algo extraño: un sabor amargo le inundaba la boca. Entonces vio:

Vio los campos como no los había visto nunca, vio cada gota de agua del rocío de la mañana dibujando una forma perfecta y maravillosa sobre cada una de las hojas de las plantas, vio la sonrisa de un niño, vio el color que tiene el amor y sintió el perfume del desengaño. Vio los sueños de las aves y vio las pesadillas de los caracoles. Vio la triste y lo dichoso, vio los bosques y los desiertos, vio como se precipitaban los granos de arena del reloj de su abuelo, vio las cuentas del collar de su madre, vio como un hombre se desesperaba y se lanzaba por un puente, escuchó las notas más perfectas y los últimos dos movimientos de la inacabada de Schubert, olió a yerbabuena y a albahaca, y sintió la brisa del mar y el canto de la montaña, y pudo saborear colores y pudo ver sonidos y se vio a sí mismo desde dentro y se vio a sí mismo desde fuera. Vio su primer beso y su último desengaño, tocó los cabellos de su primer amor y notó la tensión de sus labios. Vio las sonrisas más hermosas y los llantos más tristes, tocó el velo de redención que lanza la noche sobre las cabezas de los hombres y cantó con las estrellas y con los cisnes y con los grillos, sintió la perfección de cada cuerpo minúsculo y la majestuosidad de los planetas. Viajó desde Orión a Casiopea y dibujó las constelaciones en el vientre de su amada. Sintió el latido de su corazón y el latido de todos los corazones. Tuvo todos los sueños posibles. Fumó en pipa sentado sobre una duna y bebió agua de lluvia. Hizo castillos de polvo de estrellas y los destruyó con solo mirarlos. Danzó con los cometas a lo largo y ancho del universo. Entró en el corazón de un hombre y vio la felicidad y vio el odio, la dulzura, la alegría, la desazón y la derrota, sintió sobre sus hombros el peso de una nube y se precipitó a las fosas de los océanos. Se miró en un espejo y se sintió cansado; vio, en fin todo lo que merece ser visto y acto seguido murió.

Aquel día se sintió cansado del malsano tic tac de los corazones, así que enjauló su alma y la guardó en el desván. Cogió el breviario al que llamaba vida y se lo guardó en el bolsillo. Su médico le había dicho que no soñara demasiado, que no era bueno para su salud, pero él nunca le hizo demasiado caso; al fin y al cabo, ¿qué saben los médicos sobre los corazones de los hombres?

Y su cuerpo quedó bajo los árboles mientras su alma seguía en la penumbra de aquel polvoriento desván.

Decamerón